

XIX.

¿Acaso ya has olvidado
 Que fué mío en otro tiempo
 Tu pequeño corazón?
 Tan bello y falso, que nada
 Ni más falso ni más bello
 Nunca en el mundo existió.

¿Acaso ya has olvidado
 Cuando á la par mi existencia
 Minaban pena y amor?
 No sé decir si más grande
 Era el amor ó la pena;
 Sé que eran grandes los dos.

XX.

Si supieran las flores
 Cuán triste y lacerado
 Está mi corazón, derramarían
 De sus perfumes, en mi herida, el bálsamo.

Si supieran las aves
 Cuán triste y cuán enfermo
 Estoy, alegres cantos
 Dieran, por distraer mi pena, al viento.

Si las estrellas de oro
 Conocieran mi pena,
 El cielo dejarían y á prestarme
 Consuelos de fulgores descendieran.

Pero ¡ay! que nadie puede
 Conocer mi quebranto;
 Ella sólo lo sabe,
 Ella, que el corazón me ha destrozado.

XXI.

¿Por qué, dí, me dijiste, están las rosas
Tan pálidas? ¿Por qué?
¿Por qué en el verde césped las violetas
Tan marchitas se ven?

¿Por qué en el aire canta
Con voz tan melancólica la alondra?
¿Por qué los bosquecillos de jazmines
Dan á las brisas funerario aroma?

¿Por qué con luz tan triste y tan helada
El sol el prado alumbra?
¿Por qué la tierra toda
Sombria y gris está como una tumba?

¿Por qué estoy yo tan triste y tan enfermo?
Amada de mi vida, dímelo.
Oh, dime, sí, ¿por qué me abandonaste,
Amada de mi ardiente corazón?

XXII.

¡Cuánto aumentaron mi pesada cuenta
Con sus quejas, mi amor!
Mas lo que abruma en realidad mi alma
No te lo han dicho, no.

Ante tí la cabeza sacudieron
Con aire grave y docto,
Y me llamaron «diablo» en tu presencia
Y lo creíste todo.

Y con todo, ¡mi bien! lo más amargo,
Eso no te lo han dicho;
Lo peor, lo más necio, lo más triste,
Está en mi corazón bien escondido.

XXIII.

Los tilos florecían;
 Cantaba el ruiseñor;
 Reía en el espacio
 Alegre el claro sol;
 Tu brazo contemplaba
 Ceñido en torno mío,
 Y alegre me estrechaste contra el pecho,
 Por el amor y la ventura henchido.

Caían ya las hojas;
 Crecían los arroyos;
 El sol nos contemplaba
 Con apagados ojos;
 Helados nuestros labios
 Un frío «adiós» dijeron,
 Y tú me hiciste con gentil finura
 El más ceremonioso cumplimiento.

XXIV.

Mucho, mi bien, nos hemos adorado,
 Y con todo, jamás nos ofendimos.
 Siendo niños, hermosa, cuántas veces
A la mujer-jugamos y al marido,
 Y nunca, sin embargo, en nuestros juegos
 Quedamos disgustados ni aburridos.
 Más tarde, en los azares de la vida
 Hemos gozado juntos y reído,
 Y tiernos besos como en otros días
 Sellaron á la par nuestro cariño.
 Por último, el recuerdo despertando
 De la niñez dichosa, que perdimos
 Jugando al *escondite*, las praderas
 Y la selva y el bosque hemos corrido,
 Y escondernos supimos de tal modo
 Que nunca hemos de hallarnos, dueño mío.

XXV.

Fuiste fiel á mi amor; por mucho tiempo
 Interés inspiráronte mis penas,
 Y amante, consolaste y asististe
 Mi dolor y mi angustia y mis miserias.

Tú me diste manjares y bebidas;
 Tú llenaste mi bolsa de dinero,
 Y ropa y pasaporte para el viaje
 Me preparaste con celoso anhelo.

¡Amor mío! que Dios por muchos años
 Te preserve del frío y del calor,
*«Y que nunca del bien que tú me has hecho
 Te recompense Dios.»*

XXVI.

Mientras yo mi regreso retardaba
 En tierra extraña delirando loco,
 Parecióle á mi bien larga la espera,
 Mandóse preparar nupcial adorno,
 Y el arco amante de sus lindos brazos
 Al más necio tendió de los esposos.

¡Es mi amada tan dulce y tan hermosa!
 Aun su imagen fulgura ante mis ojos;
 De los suyos, las frescas violetas,
 Las rosas inmarchitas de su rostro,
 Y el lirio de su frente inmaculada
 Florecientes se ven el año todo.
 Creer que pude alejarme yo del lado
 De sér tan celestial y tan hermoso;
 Creer que alejarme pude, fué el más grande
 Y necio error de mis errores todos.

XXVII.

Angel de mis amores, cuando duermas
 En la fosa sombría,
 Yo bajaré á tu lado, y en tu tumba
 Me clavaré en silencio de rodillas.

Con fuerte abrazo te sujeto, loco;
 Tú estás muda y helada;
 Gemidos palpitanes y suspiros
 En confuso rumor mi pecho exhala.

Es media noche: en grupos pavorosos,
 Los muertos van danzando;
 Sólo en el fondo de la tumba helada
 Nosotros quedaremos abrazados.

Y cuando llame la eternal trompeta
 Los muertos al tormento ó á la dicha,
 Nosotros en la tumba quedaremos
 Para siempre abrazados, vida mía.

XXVIII.

Un pino se alza en la cumbre
 De un monte del Norte helado.
 Sueña; la nieve y el hielo
 Lo envuelven con su sudario.

Sueña con una palmera
 Que en el Oriente lejano,
 Se alza solitaria y triste
 Sobre un peñón abrasado.

XXIX.

—¡Ay! si yo fuese—la cabeza dice—
El escabel tan sólo de tus plantas,
Me hollarían tus pies, y de mis labios
Ni una queja tan sólo se escapara.

—¡Ah!—dice el corazón—si el acerico
Fuese yo donde clava sus agujas,
Sangre me arrancarían sus punzadas,
Y tal dolor juzgara yo ventura.

—¡Ah! si el roto papel—la canción dice—
Fuera yo con el cual sus trenzas riza,
¡Cuán quedo, en sus oídos murmurara
Cuanto vive en mi sér y en mí respira!

XXX.

De mi labio huyó la risa,
A la par que ella de mí;
A mi lado llueven chistes,
Pero no puedo reir.

Tampoco el llanto á mi pecho
Consuelo le presta ya;
Mi corazón se desgarrá,
Pero no puedo llorar.

XXXI.

De mis penas voy formando
 Mil canciones, que agitando
 Su bello plumaje de oro,
 Al corazón van volando
 De la que sufriendo adoro.

Y después que allí han llegado,
 Tristes vuelven á mi lado
 Y se aumenta mi aflicción,
 Y no dicen qué han hallado
 Dentro de su corazón.

XXXII.

Olvidar jamás yo puedo
 Mi amor, mi dulce adorada,
 Que fueron en otros días
 Míos tu cuerpo y tu alma.

Yo aun quisiera de tu cuerpo
 La esbeltez encantadora
 Poseer; pero tu alma,
 Tu alma, niña, es otra cosa;
 Que la entierren si les place...
 ¡Me basta la mía sola!

Mi alma, ¡amor de mis amores!
 Que yo en dos partir deseo,
 Infiltrar media en tus venas,
 Y unirme á ti en lazo eterno,
 Para formar para siempre
 Un todo de alma y de cuerpo.

XXXIII.

Gentes endomingadas se pasean
 Por bosques y por prados,
 Con gritos de alegría y con cabriolas
 La natura esplendente saludando.

Miran con dulces ojos la romántica
 Flora que nace, los verdores nuevos;
 Van del gorrión la lenta melodía
 En sus largas orejas absorbiendo

Yo en tanto, triste, en mi ventana corro
 Cortinaje sombrío;
 Me vale en pleno día una visita
 De mis espectros ¡ay! siempre queridos.

Mi muerto amor también al cabo llega;
 Viene del reino en que la sombra vaga,
 A mi lado se sienta, y en silencio
 Mi pecho traspasando van sus lágrimas.

XXXIV.

Imágenes venturosas
 De los tiempos de mi dicha
 Salen de la tumba, y veo
 Cuál fué, junto á ti, mi vida.

Soñando yo por las calles
 Vagaba durante el día;
 Con lástima y con espanto
 Los vecinos me veían.
 ¡Tan demacrado y tan triste
 Mi semblante aparecía!

Era mejor por la noche;
 Desiertas las calles frías,
 Errábamos yo y mi sombra
 En callada compañía.

Con paso sonante el puente
 Midiendo mis plantas iban;
 Traspasando con sus rayos

Las nevadas nebecillas,
La luna me saludaba
Con seria melancolía.

Ante tu ventana inmóviles
Mis plantas se detenían,
Y tu ventana mirando,
Sangre el corazón vertía.

Yo sé bien que muchas noches
Desde tu ventana, niña,
Me has mirado, y que has podido
Ver, á la luz indecisa
De la alta luna, mi sombra
Como una columna fija.

XXXV.

Un joven ama á una niña
Que de otro ansía el amor,
Pero éste se une con otra
En quien cifra su ilusión.

Con cualquiera se une entonces
La olvidada, en su rencor,
Y la pena hiere el pecho
Del que primero la amó.

Vieja historia que renace
Del mundo entre el ronco hervor,
Y que á aquel á quien sucede
Le destroza el corazón.

XXXVI.

Cuando llega hasta mi oído
La canción ¡ay! que mi amor
Cantaba en tiempo que ha huído,
Páreceme que rendido
Voy á morir de dolor.

Una aspiración oscura,
Del bosque triste á la altura
Con fuerza extraña me guía,
Y allí, en llanto de amargura
Se trueca la pena mía.

XXXVII.

Soñé: era una princesa de mejillas
Frescas, húmedas, pálidas.
Bajo los verdes tilos reclinados,
Nuestros amantes brazos se enlazaban.

—El trono de tu padre no deseo,
Ni su cetro de oro,
Ni ansío su corona de diamantes:
Yo quiero, flor de amor, tu amor tan sólo.

—«No es posible,—me dijo;—de la tumba
Yo habito el fondo helado.
Sólo de noche á tí venir yo puedo,
Y vengo porque te amo.»

XXXVIII.

¡Eterno amor de mi vida!
Era una noche serena;
Sentados juntos estábamos
En una nave ligera,
Y cruzábamos en calma
Por mar tranquila é inmensa.

Las islas de los espíritus
Dibujaban sus riberas
Bajo la luz de la luna,
Que el éter cruzaba lenta;
Llegaban de allí las brisas
De dulces acordes llenas,
Y allí nebulosas danzas
Cruzaban el cielo aéreas.

Los misteriosos sonidos
Cada vez más dulces eran;
A cada instante la danza

Cruzaba más placentera,
Y ¡ay! sin embargo, nosotros;
Devorados por la pena,
Sin esperanza bogábamos
Por aquella mar inmensa.

XXXIX.

Te amé y te amo todavía,
Y si el mundo sucumbiera,
Entre su ruina ardería
Y hasta el cielo subiría
De mi amor la eterna hoguera.

XL.

De la aurora á los fulgores
Cruzaba el jardín hermoso,
Cuchicheaban las flores;
Yo pensando en mis dolores
Caminaba silencioso.

Las flores, que murmuraban,
Con compasión me miraban:
—«No aborrezcas anhelante
A nuestra hermana,—gritaban,—
Sombrio y pálido amante.»
